

Negociaciones que cambiaron el rumbo de la historia

Este 22 de diciembre se cumplen 25 años de la rúbrica de los acuerdos que garantizaron la independencia de Namibia, la seguridad de Angola y la paz entre los países del suroeste africano. Jorge Risquet Valdés, presidente de la delegación cubana a la histórica firma, comparte sus vivencias con Granma

CLAUDIA FONSECA SOSA

Mucho ha dado de qué hablar la contribución desinteresada de los internacionalistas cubanos en las gestas por la liberación de África del coloniaje y el apartheid. En el Congo, Angola, Namibia, Sudáfrica... la huella dejada por esta lejana nación del Caribe permanece imborrable.

Como diría durante su visita a Matanzas en el año 1991 el recientemente fallecido Premio Nobel de la Paz Nelson Mandela: "El pueblo cubano ocupa un lugar especial en el corazón de los pueblos de África (...) La decisiva derrota infligida en Cuito Cuanavale alteró la correlación de fuerzas en la región (...) ¡La decisiva derrota de las fuerzas agresoras del apartheid destruyó el mito de la invencibilidad del opresor blanco!".

Pero la mano amiga de Cuba en el continente más explotado del mundo se mantuvo tendida, más allá del campo de batalla. "¿Cuántos países del mundo se benefician de la obra de los trabajadores de la salud y los educadores cubanos? ¿Cuántos de ellos se encuentran en África?", añadió en aquella oportunidad el expresidente sudafricano.

Era, sencillamente, una deuda que teníamos con esa tierra que tantos hijos vio convertirse en esclavos de los expoliadores de las Américas. ¡Cuánta sangre cubana y africana no se mezcló desde entonces!

Este 22 de diciembre se cumple un cuarto de siglo desde la firma en Nueva York de los acuerdos que garantizarían la independencia definitiva de Namibia, la seguridad de Angola y la paz entre los países del suroeste africano y, en consecuencia, el regreso victorioso de nuestras tropas internacionalistas. Sobre este pasaje de la historia compartida entre africanos y cubanos conversó con Granma Jorge Risquet Valdés, miembro del Comité Central del Partido.

—Aquel día de 1988, en la mesa de negociaciones estaban de un lado de la República Popular de Angola (RPA) y Cuba, y de otro Sudáfrica. Usted presidió la Delegación de nuestro país en ese acto histórico. ¿Pudiera describirlo para los lectores?

—Con mucho gusto recordaré momentos tan gratos y emotivos. En uno de los grandes salones de Naciones Unidas y en presencia de su Secretario General Javier Pérez de Cuellar, nuestro canciller Isidoro Malmierca suscribía, en nombre de Cuba, los llamados Acuerdos Tripartitos.

A su lado, el general de cuerpo de ejército Abelardo Colomé Ibarra subrayaba el papel de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias en la epopeya que el pueblo cubano escribió en Angola y África, a lo largo de tres lustros, donde participaron más de 380 mil soldados y oficiales, y cerca de 75 mil colaboradores civiles.

Desde mi asiento de Presidente de la delegación cubana a la memorable ceremonia, me pareció que en el momento de la firma, la estrella de Héroe de la República prendida en el pecho de Colomé, fulguraba con más brillo. Pensé en la estrella que llevaba en la frente Calixto García, la cicatriz heroica. Imaginé con cuánto legítimo derecho hubiera estado en París, en diciembre de 1898 como Lugarteniente General del Ejército Libertador, para firmar a nombre de nuestra Patria el acuerdo de paz que pusiera fin oficialmente a la guerra hispano-cubana-norteamericana y reconociera el



Negociaciones Tripartitas en la sede de la ONU, el 22 de diciembre de 1988. FOTO: ARCHIVO

nacimiento de una nación soberana, la heroica Cuba, que durante 30 años había esgrimido con impar bravura el machete redentor y pagado su libertad con la sangre y la vida de cientos de miles de sus hijos. Sin embargo, la historia fue bien diferente.

Parecido pensamiento me había asaltado tres décadas atrás, cuando en la noche del Primero de Enero de 1959 los combatientes bajamos jubilosos tras Fidel y Raúl desde las lomas de El Escandel, atravesamos entre vítores El Caney y fuimos acogidos triunfalmente en Santiago de Cuba.

La entrada del Ejército Rebelde en Santiago y la victoria sobre la sangrienta tiranía prohijada y asistida militarmente por Estados Unidos, reivindicaban para siempre la afrenta inferida a Calixto y su tropa mambisa por el general norteamericano Shafter, al impedir su presencia en la ciudad que habían ayudado decisivamente a cercar y hacer capitular a sus defensores colonialistas. Y lo que era más importante aún, anulaba para siempre el Tratado de París y lo que le siguió, la ocupación militar, la Enmienda Platt y la neocolonización de Cuba por Estados Unidos.

—¿Qué rol desempeñó Cuba en las negociaciones?

—La presencia cubana en esta ceremonia de Nueva York, como signataria de los Acuerdos y miembro de derecho pleno, junto a los hermanos angolanos, en las negociaciones que transcurrieron durante todo el año 1988, mostraba el reflejo de los éxitos militares que las tropas de Cuba, Angola y la SWAPO (Organización del pueblo de África del Sudoeste, la resistencia namibia) habían logrado en el campo de batalla y de la posición firme de nuestro país, que compartía el Gobierno de Luanda, rechazando la pretensión norteamericana de que fuéramos excluidos de unas discusiones donde uno de los temas debatidos se refería a las tropas internacionalistas cubanas.

Desde principios de la década del 80, representantes de Angola y Estados Unidos habían sostenido no pocos encuentros bilaterales acerca de la situación en el suroeste africano. En todos ellos, los personeros de Ronald Reagan planteaban la exigencia de la retirada, en plazos conminatorios, de las tropas cubanas que habían acudido al llamado de Agostinho Neto desde 1975, al amparo del Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, cuando la joven nación, en el momento mismo de conquistar su liberación del yugo colonial, fue invadida por poderosas fuerzas extranjeras desde el norte y desde el sur.

Al mismo tiempo, la Casa Blanca mantenía una política de compromiso constructivo con el régimen del apartheid y proporcionaba suministros bélicos a los fantoches de la UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola). En consuno con Pretoria, EE.UU. presionaba a Angola para que solicitara la retirada del contingente militar cubano, como única alternativa para evitar los golpes del gran garrote sudafricano.

Washington ofrecía a cambio vagas promesas: reconocimiento diplomático, inversiones de las transnacionales norteamericanas, una imprecisa solución al tema de Namibia mediante una Resolución 435 (acuerdo del Consejo de Seguridad de la ONU para Namibia) modificada, mediación para la reconciliación con la UNITA y con el Gobierno de Mobuto en Zaire.

En julio y septiembre de 1987, se efectuaron en Luanda dos rondas de negociaciones bilaterales EE.UU.-RPA. El asistente del Secretario de Estado para los Asuntos Africanos, Chester Crocker, pretendía jugar el papel de intermediario entre Angola y Sudáfrica. Las exigencias del gobierno racista, transmitidas con mal disimulada simpatía por Crocker, resultaron inaceptables.

En estas reuniones —en las que no se llegó a nada tangible— como en las de los años anteriores, Estados Unidos se opuso rotundamente a cualquier participación cubana, como no fuera en la ceremonia final de firma de la retirada de nuestras tropas. Pretendían desconocernos, como en París de 1898, como en la Crisis de Octubre de 1962.

—Se repetía la historia en su esencia...

—Se repetía, sí.

—Pero, ¿cómo se desarrollaba el proceso en el terreno militar?

—En el mes de julio de ese año, se había iniciado la ofensiva de una fuerte agrupación de las FAPLA (Fuerzas Armadas para la Liberación de Angola), con asesoría soviética, en dirección al extremo sureste del inmenso país, Cuito Cuanavale-Mavinga-Jamba, sede este último punto del cuartel general de la UNITA.

Tal como ya había sucedido dos años antes, al acercarse las tropas de las FAPLA a su objetivo, los sudafricanos intervinieron para impedirlo. Mas esta vez, no se limitaron a interferir el avance angolano, sino que iniciaron la persecución de las unidades de las FAPLA en retirada, con poderosas fuerzas de blindados y artillería de largo alcance. La infantería era fundamentalmente de la UNITA, el batallón mercenario Buffalo y tropas negras reclutadas en Namibia, encuadradas por oficiales blancos.

En esta ocasión, Pretoria no justificó su intervención, como era usual, con el pretexto de perseguir a las guerrillas de las SWAPO, sino patentizó su intención de avanzar en dirección nordeste y aniquilar las unidades de las FAPLA. El presidente sudafricano Pieter W. Botha y varios ministros de su gabinete, impudicamente, revistaron sus tropas en territorio angolano, con intencionada publicidad.

La agrupación angolana se replegó hacia Cuito Cuanavale y en esta pequeña cabecera municipal situada en la margen occidental del río Cuito, estableció sus posiciones defensivas. Fue evidente que las tropas angolanas podrían ser cercadas y aniquiladas en Cuito Cuanavale.

—¿Cómo recuerda la acción de Cuito Cuanavale? En estos días dolorosos en que recordamos a Mandela, nos viene a la mente el momento cuando este afirmó que esa batalla cambió para siempre la historia de África.

—A pedido de Luanda, la Dirección de la Revolución decidió, el 15 de noviembre, enviar a Angola las fuerzas y medios adicionales necesarios para resolver, de una vez y por todas, la situación en el sur de aquel país.

El Comandante en Jefe asumió directamente, junto a Raúl y al Estado Mayor de las FAR, la dirección cotidiana y en detalle de las operaciones durante los diez meses finales de la guerra, así como del proceso negociador. En enero de 1988, la correlación de fuerzas en el teatro bélico meridional experimentó un cambio favorable a nuestras armas.

Cuito Cuanavale devino baluarte incontestable y un símbolo de la resistencia y la victoria frente a las huestes del apartheid. El general de cuerpo de ejército Leopoldo Cintra Frías regresó a Angola para asumir el mando de la concentración de tropas cubanas, angolanas y de la SWAPO en el sur del país: 50 mil hombres, mil tanques, 600 transportadores blindados, 1 800 bocas antiaéreas de todo tipo, 370 piezas de artillería terrestre, 80 aviones y 20 helicópteros de combate, en números redondos.

—¿Cuál fue el impacto de esa victoria en el proceso negociador?

—La nueva situación permitió exigir a Estados Unidos, como condición *sine qua non* para nuevas rondas de conversaciones, la participación de Cuba junto a Angola. Washington se vio obligado a aceptar ese amargo trago.

El curso de la guerra comenzaba a ser desfavorable para su aliado, por lo que para Estados Unidos resultaba urgente encontrar una solución negociada, que mejorara, además, su imagen y sus relaciones con África.

El jefe negociador norteamericano, Crocker, en su libro **La hora crítica de África Meridional** escribió: "Mbinda y el general Nadalu suspendieron la reunión para buscar a Risquet. Era el 29 de enero de 1988. La negociación estaba a punto de cambiar para siempre".

Estados Unidos fue constreñido a comprometerse en organizar un encuentro entre los países que participaban directamente en el conflicto: Angola y Cuba de una parte, Sudáfrica de la otra. Los norteamericanos participarían en la reunión como "mediadores", aunque en realidad eran partícipes y cómplices de la agresión a Angola.

La primera reunión "cuatripartita" se efectuó el 3-4 de mayo en Londres. La segunda, en El Cairo el 24-25 de junio, donde se acordó un nuevo encuentro para el 11 de julio en Nueva York.

En El Cairo les hablé muy duro a los sudafricanos, pues presentaron un documento